

PUEBLOS EXTREMEÑOS ⁽¹⁾

BURGUILLOS DEL CERRO

BURGUILLOS tiene un cerro al lado, que le da nombre sin duda, y sobre el cerro yergue su fiereza venida a menos un hermoso castillo.

He subido a la fortaleza y estoy sentado en la cima de la torre más alta.

A mis pies arrastran su silueta quebrada las almenas de la vieja muralla.

Y por encima de la muralla, el castillo arroja al pueblo su propia sombra. Quizá su mala sombra.

El pueblo se extiende allá abajo, tumbado, echado en el llano. Muy arriba de sus tejados, yo atisbo la vida de este simpático Burguillos del Cerro, al cual he llegado ayer.

Al otro lado del caserío se destaca la mancha amarilla de los grandes ejidos en que se amontonan las mieses de la cosecha.

Los alrededores de Burguillos son pintorescos, de amenos valles poblados de encinas.

Una brisa tibia me da en la cara.

Todo está en calma.

El sol acaba de ponerse en una sierra de juguete. Del pueblo ascienden los ladridos de un perro mordiendo los talones de la tarde; ladridos que acaban ahogados en el rebuzno de un asno invisible pero más cercano.

Otra vez silencio.

Llegan hasta mí, de pronto, los acordes de una banda de música. Hoy es domingo, pienso. Y en el aire limpio creo ver la luz de domingo que veía Pérez de Ayala.

A la altura de mi torre pasa volando muy cerca una cigüeña. Vuela recta y despacio, como navegando en un mar tranquilo, empujada por los grandes remos de sus alas. Su vuelo sereno—el cuerpo quieto y el pico avanzado agujereando el aire—hace que yo la vea y la sienta flotar en el espacio de claro cristal. La ilusión de su marcha segura casi me empuja a seguirla, a dar pasos en el vacío.

Pero la cigüeña se marcha a sus quehaceres, despreciando mi altura prestada, y yo me quedo aquí, en estas piedras inmóviles, sometido a la ley triste de la gravedad.

Suenan, lentas y hondas, las campanas de la iglesia.

Poco a poco se encienden las luces del pueblo y se ve cada vez más gente que el domingo echa a la calle.

(1) De un libro de viajes por Extremadura, próximo a publicarse.

Estoy cansado. En esta torre, a mi alrededor, crece la hierba. Ni un alma en las cercanías del castillo desierto.

Me he tumbado sobre la hierba, y el cielo redondo, me envuelve y llena de azul mis ojos abiertos. Las estrellas, curiosas, empiezan a asomarse y me miran.

La noche de verano, tibia y hermosa, se acerca lentamente a mi lecho suspendido en la altura. Y su caricia, perfumada de mieses, quiere levantarlo y llevárselo como una alfombra oriental.



SEGURA DE LEÓN

El viajero ha sido abandonado por un coche de línea en este cruce de caminos. Viendo en lo alto el castillo de Segura de León, ha sentido curiosidad y ha subido hasta él. Recorridos sus altivos muros y habiéndose asomado por encima de cubos y almenas se ha sentado ahora en una roca al pie de la torre.

Son las once de la mañana. El cielo está nuboso, triste, y una ligerísima neblina entumece el paisaje y pone sutiles cendales en las lejanías. Pero el sol, conducido por las nubes, consigue llegar de cuando en cuando hasta el suelo y arrastrar por grandes trozos móviles su fugaz y tibia caricia. La tierra, como un gato agradecido, parece enarcar su lomo de sierras, se despereza a su contacto y los pequeños valles iluminados surgen a la luz tiernos, jugosos, alegres.

El terreno, que abandonando la llanura extremeña empieza a buscar inquieto las cumbres de Sierra Morena, se levanta en una sucesión de cerros y altozanos y baja en suaves pendientes a descansar en vaguadas y hontanares. La vegetación de olivos y encinas es tupida, espléndida. Los olivos, como piezas de inmensos tableros de ajedrez, formando hileras y grandes cuadros, rodean al pueblo y llegan hasta las huertas. Sus copas grises parecen desvanecerse, diluirse en la fresca mañana. Y las encinas, más apretadas extienden sus manchones verdes en cumbres y mamblas y avanzan por los valles hasta tocar las tierras labrantías.

El sol, siempre empujado por las nubes, recorre gozoso el paisaje y da un momento de lleno en las blancas paredes de una ermita. Es la ermita del Cristo de la Reja, que hiere de pronto a las verdes huertas que la rodean con los súbitos destellos de su blancura deslumbrante.

Avanza la mañana. Allá enfrente está Bohonal de la Sierra, alcanzado por la flecha de la carretera que sale de aquí abajo y en la que algunos viandantes, en burro y a pie, caminan lentamente como hormigas desperdigadas. Más allá blanquea en los confines lejanos Fregenal de la Sierra. Hacia otro lado, el pueblo de Cumbres Mayores, hace honor a su nombre cabalgando en un espinazo del horizonte.

El viajero se levanta y abandona las cercanías del castillo. Ya está en la plaza del pueblo, en la plaza de España. Se sienta en un banco de piedra.

El sol que ha vencido a las nubes, campa ya por sus respetos y empieza a calentar este día primero del invierno, como es su obligación. La plaza, irregular, destartada, con su pequeño paseo, formado por cuatro árboles solitarios, es una típica plaza de pueblo. Trasciende de ella todo el encanto de una vida campesina, sencilla, apacible. Es bonito el Ayuntamiento, con su gran reloj y su escudo de águila bicéfala en una blanca fachada que descansa en grandes arcadas y soportales. En sus tres balcones de hierro parece asomarse la Administración, esa señora que sabe vivir en los pueblos lo mismo que en Madrid.

Por una calle en pendiente, como todas las del pueblo, formando escaleras, empedrada, de agudos, afilados guijarros, cuya orografía martiriza sus zapatos, sube el viajero hasta el monumento al Corazón de Jesús, que ocupa la colina opuesta al castillo.

Ya está en lo alto. Segura de León, sobre el paisaje, con su caserío a caballo de dos cerros unidos, tiene la forma de un barco. Recuerda en esto a la ciudad de Segovia.

El viajero desciende y regresa a la carretera. El sol ha barrido nubes y nieblas, y juega en las alegres huertas que bordean el pueblo. Un hombre trabaja con su azadón entre las verduras y los árboles que el otoño desnudó. De una fuente cercana llegan, con la canción fresca del agua, frescas y retozonas risas de mujer.

Por la carretera pasa un rebaño de ovejas. Las ovejas llevan sus lanas tan largas que casi las arrastran por el suelo. Las envuelve y las sigue un aire de señoras arrebuadas en abrigo de pieles. A su lado, caminan, trotan unos borreguitos blanquísimos, graciosos, ingenuos.

Y antes de coger el otro coche de línea, que ya llega, una última mirada a este hermoso pueblo de Segura de León. Desde aquí abajo ya no le parece al viajero un barco; le parece, con sus dos cerros cuajados de caserío, un enorme camello arrodillado al pie de la carretera.

FERNANDO VILLALBA DIEGUEZ



PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
 n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

EL ESCONDITE

Te buscaré afanoso por las avenidas
 de todos los jardines del mundo,
 como si presintiera tu resurrección de nácar
 a la vuelta de cualquier lucero...

Te buscaré gozoso, siguiendo las huellas de luz
 de tu huida,
 como si conociera el secreto
 de tu aposento.

Te buscaré llorando
 por las riberas de todos los ríos,
 como si supiera que tú nunca vas a estar,
 con tus ojos de limo, bajo las aguas...

Te buscaré pensando,
 con mi frente herida de cadenas,
 como si fuera a encontrar en seguida
 mi olvidada liberación
 sobre las dunas de tu recuerdo insomne.

.....
 Y luego cuando te encuentre
 acurrucada bajo los tilos de un bosque melancólico,
 pensaré
 que todo ha sido una broma
 y que solamente has querido jugar conmigo
 al escondite.

JULIO CENDAL